

Al grave Orlando el peso de la guerra,
 Donde en su parlamento platicando
 La sucesion de la asturiana sierra,
 Que en derecho le funden pide el mando
 Y accion que tiene á la española tierra,
 Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
 Pues basta á la ambicion cualquier achaque.
 Cuán raras veces la verdad desnuda
 Hasta el real dosel va sin sospecha
 de adulacion, que la transforma y muda,
 Y entre oropel la da lisonjas hecha:
 Guisanla porque suele amargar cruda,
 Y tales salsas el engaño le echa,
 Que con el amor propio la hace al justo
 Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.
 Como al triunfante hijo de Pipino,
 Que en verle al español cetro inclinado,
 No hubo voto ni voz de paladino
 De contraria opinion en el senado:
 Todos firman y afirman, que en divino
 Y en humano derecho está fundado,
 Que entre y suceda en el distrito hispano
 O rey francés, ó emperador romano.
 Como rey tiene ya el primer derecho
 De la renunciacion que el Casto hizo,
 Y como emperador es el derecho
 Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:
 Esto Turin, un gran Licurgo hecho,
 Dió por su parecer, y le rehizo
 Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,
 El conde don Galban y el rey Geraldo:
 Y bien que cada cual por su camino,
 Y á diferente pretension guiado,
 De derecho dan nombre al desatino,
 De una ciega ambicion ocasionado:
 Solo el anciano Malgesi adivino,
 En los agüeros de Merlin fundado,
 En pié se levantó, y en voz severa
 A su príncipe habló desta manera:
 «Es el ser singular tan peligroso
 En resueltas materias de importancia,
 Que aun acertando queda un hombre odioso,
 Y en manchadas sospechas de arrogancia;
 Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
 Y en la opinion contraria la ganancia?
 Y el parecer opuesto y descuidado
 Del gusto que ha de ser aconsejado.
 Servirá solo de quedar corrido
 Quien á todo este riesgo se arrojaré,
 Mas no por esto un pecho bien nacido
 Es bien que en miedos y sospechas pare:
 Yo, señor, desta junta he conocido,
 Que quien el gusto tuyo reforzare
 Con su opinion será, decirlo quiero,
 El mejor capitán y consejero.
 Por eso no hay en todo el parlamento
 Voto por escribir ni firma en blanco,
 Que ha descubierto ya en tu real intento
 Para sus tiros la lisonja el blanco;
 Y así en lo que ahora por servirte intento
 Temo que ha de salir la suerte en blanco,
 Que te veo ya resuelto por mil modos,
 Y es mucho ir uno solo contra todos.
 Pero la fe me obliga y la obediencia,
 Que como á mi señor y rey te debo,
 A pedir, no que mudes la sentencia,
 Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
 Mas que se mida con mayor prudencia
 Lo que quizá á decirte no me atrevo,
 Medroso que mis dichos verdaderos
 No les llamen, mudado el nombre, agüeros.
 Vanamente se funda quien te dice
 Que á Francia incumbe España por derecho,
 Si la antigüedad sabia contradice
 Con su razon á la opinion y al hecho:

Por bien que con lisonjas autorice
 Tu gusto en esto mas que tu provecho,
 Verá, si ver quisiere, libre á España
 De ajeno cetro y dependencia estraña.
 Si atiendes al antiguo origen suyo,
 Fundada fue por el primer hermano
 De Noé bisnieto: si al derecho tuyo
 De rey francés, ó emperador romano,
 Antes que el franco Merobeyo, cuyo
 Cetro ha venido á tu prudente mano,
 Ataulfo fueron y Alarico reyes,
 Que á Italia, España y Francia dieron leyes.
 Y si tu pueblo no se precia en vano
 De ser de un hijo de Héctor descendiente,
 Y el de Priamo, y ambos del troyano,
 Dárdano, de Atlante italo pariente;
 Siendo el décimoquinto rey hispano,
 De España es el origen de tu gente,
 Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
 La antigua Trova y el romano imperio.
 Esta es la antigüedad, cuanto al derecho
 Que en la renunciacion has adquirido,
 Si pudo darte alguno el rey de hecho,
 Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
 Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
 Pues tu grandeza en nada descrecido,
 Que no está en muchos reinos, ni en tenellos,
 Sino en un pecho real y digno dellos.
 Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo
 De España puede con sus venas de oro
 Dar codicia, tambien dará recelo
 Ver que leones guarden su tesoro:
 Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,
 Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,
 Sientan Valencia y Aragon tu saña,
 Que esto es ganar, y no perder á España.
 Sabe que del gran mundo en los secretos
 Por donde el cielo sus discursos guía,
 El Hacedor del tiempo en sus efectos
 A España ofrece eterna monarquía;
 Y en inviolables pactos y decretos
 A sus reyes y real genealogía,
 Lo que hay desde la aurora hasta donde
 El sol alumbra cuando aquí se esconde.
 Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio
 Está en firmes figuras definido,
 Y en justa pena á un ambicioso agravio
 Un dragon de oro ante sus piés rendido:
 Hable á su antojo el lisonjero labio,
 Yo solo digo y sé lo que he leído,
 Y que va ya en los fines de su cuenta
 El riesgo, la venganza y el afrenta.
 Así dijo, y del grave parlamento
 No quedó quien en ánimo y semblante
 No aprobase con nuevo encogimiento
 De su razon la fuerza por bastante,
 De la eficacia el vivo sentimiento,
 De la resolucion el brio importante,
 Que la clara verdad se trae consigo,
 Sin respeto de amigo ni enemigo.
 Era de insigne crédito la ciencia
 Del sabio por los cursos de Aqueronte,
 Y el lustre de la noble descendencia
 De ambas sangres Mongrana y Claramonte,
 Quien le hizo el oráculo y prudencia
 Que al gobierno imperial mas pese y monte,
 Por ser príncipe y sabio, que en efecto
 Es bueno un gran señor para discreto.
 Ya reducido á plática ordinaria
 Un sordo hablar corrió por el senado,
 Quién dando esta razon, quién la contraria,
 Conforme á su intencion, ó su cuidado:
 El César de opinion perpleja y varia,
 Ni del todo resuelto ni mudado,
 Entre un discurso y otro divertido,

De la ambicion y la razon herido;
 Cuando del falso bando de Pontiero
 El traidor Galalon ardiendo en ira,
 Con rostro grave, y con desden severo,
 Así al César habló, y á solo él mira:
 «Si lo que con palabras decir quiero,
 Con la luz lo dijera que me inspira,
 Vieras, señor, ser aire sin cansarte
 Los montes con que piensan espantarte.
 Pero si la razon ha de ir vestida
 Como á la guerra armado el caballero,
 Yo que no oí retórica en mi vida,
 Ni me armé de papel, sino de acero,
 Quizá no acertaré á dar la medida,
 Que soy soldado al fin, no palabrero;
 Mas si aquí fuere corto en la jornada,
 Mas que sus lenguas cortará mi espada.
 Y tú, invicto señor, César Augusto,
 A quien en triunfar carro de leones,
 Ya con brazo enfrenar veo robusto
 Las españolas bárbaras naciones,
 Manda callar los magos, que no es justo
 Que agüeren tu valor supersticiones,
 Ni como á niño con asombros vanos
 Quieran atar tus victoriosas manos.
 Si Malgesi con loco fingimiento
 Así no admite en el saber segundo,
 Que él solo vió de Adán el testamento,
 En los agudos reyes manda el mundo:
 Lo que en sus vueltas guía el firmamento,
 Lo que en las gentes trazan del profundo,
 Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,
 Con un lazo lo vió en un bosque asido.
 Cuando en venganza pública colgado
 De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
 Dándole el infernal cuaderno amado,
 Afrenta humana en penas de la eterna:
 Si allí su ciencia le dejó burlado
 En causa leve, y ocasion tan tierna,
 ¿Por qué se finge de saber profundo
 En la revolucion de todo un mundo?
 Los ciegos ojos á la luz presente
 Soñando quieren ver lo venidero,
 Y con vano temor á un rey prudente
 Hacer lo que no harán brazos de acero:
 Si la española á la francesa gente
 Origen dió, y su cuento es verdadero,
 El reino es nuestro, á tierra propia vamos,
 Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?
 Mas no es justo se admitan sus razones
 En discurso gentil ni ánimos puros,
 Ni en grave junta de ínclitos varones
 Mágicos hablen, lóbregos y oscuros:
 Allí en ciegos desvanes y rincones
 Sus cercos formen, reeen sus conjuros,
 Y solo suenen los reales techos
 Nobles palabras de hidalgos pechos.
 Si el Casto rey te dió su cetro y silla,
 Y á instancia ya del reino te la niega,
 Tu valor tiene en poco el de Castilla,
 Pues á no te estimar por su rey llega:
 Como dice la mágica cartilla
 Del que á tí te predica, y él reniega,
 Que en esto no te ofende ni lastima.
 Si un reino tu grandeza desestima,
 Es ignorancia de quien solo sabe
 Descalzo andar entre papeles y untos;
 ¿Quién hizo al vano Malgesi tan grave,
 Que á medir llegue del honor los puntos,
 Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
 Pudiendo él solo mas que todos juntos?
 Y siendo en su decir el vano adorno,
 Mancha á tu fama, á tu opinion soborno.
 Al fin, señor, el parecer mas sano
 Destos invictos principes y mio,

A tu grandeza y nombre soberano,
 Y á la reputacion del francés brio,
 Es que á pesar del mundo por tu mano
 Conquistes el gallego señorío;
 Y pues la tierra á tu derecho toca,
 Tuya será, que aun para tuya es poca.
 Dijo, y mirando con desden severo
 Al francés sabio reventando enojos,
 Rióse, haciendo escarnio al vivo y fiero,
 Y él centellando fuego por los ojos:
 Al libre hablar del magancés parlero,
 Fundado del rey Carlo en los antojos,
 La mano quiso ya en la espada puesta
 Darle en ella librada la respuesta.
 Alteróse el confuso parlamento,
 Y en nuevas opiniones dividido,
 Con riesgo de un notable atrevimiento
 El hablar castigara desmedido,
 Si el grave César desde su alto asiento,
 Para apagar el fuego ya encendido,
 No mandara salir, aunque agraviado,
 Al sabio y á los suyos del senado.
 Tenia facundia el magancés astuto
 Y gracia en persuadir cuanto queria,
 O fuese de la yerba moli el fruto,
 Que Alcina de su huerto le dió un día,
 O porque con lisonjas el mas bruto
 Dar gusto sabe, y Galalon sabia
 Disimular las suyas de manera
 Que un Argos vuelto en lince no las viera;
 Y entonces fue su hablar general gusto,
 Por el que á todos daba la jornada,
 Y porque al cielo en su castigo justo
 El mismo delincuente da la espada:
 Faltó del parlamento el brio robusto
 Del grave hijo de Amón, siendo agraviado
 La autoridad del sabio no admitido,
 Maganza victoriosa y él corrido.
 Pero antes de salir de la gran sala
 Así al senado dijo un aspid vuelto:
 «Aunque ninguna recompensa iguala
 Mi agravio, ver al rey francés resuelto
 En el consejo, y la intencion mas mala
 Que el mundo vió para quedar revuelto,
 Me lastima, que siempre un noble pecho
 Mas mira el bien comun que su provecho.
 Mas si ya es la desgracia irremediable,
 Y el veneno hasta el alma ha penetrado,
 Si el mundo y su grandeza deleznable
 Límite tiene y curso señalado,
 Si contra el hado y suerte inevitable
 Ni hay fuerza real ni imperio reservado,
 Caiga la francés pompa, caiga hambrienta
 De humana sangre, y vénguese mi afrenta.
 Que yo os anuncio, y pongo por testigo
 Desta verdad cuantas el mundo encierra,
 Que de todos los principes amigos,
 Que á ver llegaren la española tierra,
 Cuando quieran contar los enemigos,
 Los que vivos salieron de su guerra,
 Les sobrarán, si mi saber no es vano,
 Dos dedos de los cinco de la mano.
 Dijo, y dejando el grave parlamento,
 Parte confuso, y parte acobardado,
 Con inviolable y firme juramento
 De no volver, se va, hasta ser vengado;
 Y al deseado Reynaldos por el viento
 A pedir fue donde le habia encantado.
 Una Hada en los reinos del Oriente,
 Justa venganza al deshonor presente.
 El rey con los demás que en su consejo
 A la revuelta del mueven el labio,
 Unos de incauto y de caduco viejo,
 Y otros nombres le dan de noble y sabio;
 Hasta que al fin con altercar perplejo

De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo Augusto,
Los mas discordes quedan en su gusto.

Y ya de esta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos,
La imperial magestad ver acabada;
Contra el estrecho reino de los godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se levante gente.

Que el galan Durandarte á Desiderio
Su gente haga bajar de Lombardia,
Y Galalon las fuerzas del imperio
En Bretaña reforme y Picardía,
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marqués de Fox, y duque de Pavia,
Que concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.

Que dejando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña;
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.

Y que entre tanto las famosas fiestas,
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En París se prosigan, y en compuestas
Barreras, y soberbias palizadas:
Los estandartes y banderas puestas
Levanten gente, y den armas grabadas,
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.

Esto salió por último decreto
Del francés parlamento y grave junta,
Mas mientras al ponerlo por efecto
La gente y el ejército se junta,
Y en medido escuadrón se ve perfeto
Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.

Praxitel, sabio y noble estatuario
Primer de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tímaro, y de Ormuz la pedrería,
El rojo azofar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cria,
Abriendo despues dello sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.

¡Oh cuanto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria!
¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heroico de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!
¡Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor cualquiera menudencia!

Sabroso estilo, espíritu templado,
Heroica voz, lenguaje casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,
En lo soberbio ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,
Ni que en regla y compas jamás se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.

Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia sobre todo
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da en soberbia presuncion del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?
¿Quién se dió á todos gustos por cumplidos?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta,
Nadie puede dar mas que ha recibido,
Á alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, y yo el primero,

Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta,
Y así anudando la razon primera
Del cuidadoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heroica y alta:
Porque contra mi crédito no lleve
Don Teudonio esta falta por ir breve;

Si algun cuidado á su discurso atento
Saber deseáre en este heroico paso,
Con mas adelgazado fundamento
Del robo ilustre el importante caso;
Que á Orontes trajo por el blando viento
Del Oriente á los reinos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;

Quién le obligó á encargarse del infante,
Qué gusto, qué interés por esta via,
La voluntad del sabio Nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia;
Todo fue de un gran fin causa bastante,
Dirélo, si á la heroica musa mia
Del oyente otorgare la paciencia
Para una breve digresion licencia.

Y que por esta sola vez rompiendo
La brevisima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atrás, donde cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Cuanto aquí falta, y el lector deseara.

Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo,
Que es breve el tiempo, y grande la memoria
Que para darla al mundo está á mi cargo:
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto rey volvió, y en noche obscura
Uno puso en prision, y otro en clausura;

A Bernardo crió en mantillas de oro
Con nombre de hijo, y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dijo, que del pueblo moro
Verdugo cruel seria en campo armado
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.

Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fue Alcina por el gusto de Morgana,
Y Orontes en su mágica experiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.

Era Orontes un viejo descarnado,
De vivos ojos, y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle
Velle ponía aficion, gusto hablalle.

De conjurados cercos y abusiones
Mas que Zoroastes y Merlin sabia.
Ocultos pactos, firmes convenciones

Con todo el reino de Pluton tenia:
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traía,
Mas sujetos al yugo de sus leyes,
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento,
Dónde el firme pisar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento,
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
Ó en qué camina tanto el pensamiento,
Este sabio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á si supiera.

A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño conde de Saldaña
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España,
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña,
Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,
Y el del infante es único en la tierra.

Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reino obscuro:
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel muro
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Ceres vive y muere en fuego eterno.

Quedó con la virtud del nuevo encanto
Orontes superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que antes le servian de maestros:
Esto pudo el cuaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocará
Al cielo el curso si él volar dejara.

Temian los sabios de la altiva Francia
Por ver su invicto rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza,
Cuando se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.

Entre estos Malgesí fue el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero:
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra al Cancervero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no este obediente.

Era, segun Turpin, por linea recta
Quinto nieto del rey de Tuberlanda,
Padre que fue de Nemía la discreta,
Dueña del lago que reinó en Irlanda:
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armantes.

Destá los libros heredó, y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte, y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia
En los mágicos cursos fue eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.

Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa estraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus pies España:
«Estos, dijo, no son lances dudosos,
Si el fingido Asmodéo no me engaña,

Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.

Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia:
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la celosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia,
El que intentó privanzas y favores,
Y en la córte el barniz de aduladores.

Mas vuélvase las cosas alteradas
Al primer vuelo, y al lugar debido;
Corran del curso natural guiadas,
No con hado violento y detenido:
Dijo, y apenas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido
Cuando el mundo tembló y cayó por tierra
La flor de Francia en la gascona sierra.

Asombró al sabio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo:
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo
Detener el feliz, que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.

Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Cuando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado:
Orontes que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dejó al suelo
En blando curso, é invisible vuelo.

Y el gallardo doncel por quien venia
En sus brazos tomó, y ligero vuela,
Y no en la silla, porque no sabia
Templar el niño el freno con la espuela:
Huyó con él, quedó el francés sin guia,
Burlada su engañosa centinela,
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla es no perdella.

Ya del monte Ida en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina:
Si aquel le sirvió á Júpiter la taza
De nectar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.

Fue hecho el hurtó en cercos tan seguros,
Oculto apremio, é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso:
Sus ciegos caracteres halló obscuros,
Su traza sin sazón, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante
De virtud superior vuelta ignorante,

Así al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida;
Vuelta vió en aire vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida,
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.

Esta fue la ocasion que al sabio griego
Ayo le dió del español Bernardo,
A este fin le robó, este fue el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo:
Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿con cual aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?

Mas conviene, señor, contarle todo,



El viejo Orontes.

Por digna prenda del valor de España,
 En quien el santo celo al cetro godo
 Un reino prometió de gente estraña:
 Allí por nuevo y soberano modo
 De Leon sonaron en la real montaña
 La vez primera en aparato ufano
 Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.

Allí con ciento y veinte lustros antes
 Que el sol viese de España las banderas
 Voltar los abrasados garamantes,
 Y asombrar de Etiópia las riberas,
 Como en sombras se vieron sus triunfantes
 Carros romper las tiernas vidrieras
 Del cristalina reino, que por muerte
 De Saturno á Neptuno cupo en suerte;

Y que había de ser suyo este ancho mundo,
 Donde el día muere de volar cansado,
 Con el rico tesoro en su profundo,
 De rubio oro y de perlas amasado:
 Esto en este paréntesis segundo
 Es fuerza no dejarlo destroncado,
 Que las grande imágenes en torno
 Para sus llenos piden grande adorno.

De aquí tambien cortó á las velas paño
 De un feliz curso en nuevo atrevimiento,
 Con que el mago francés en vuelo estraño
 De su encantado barco surcó el viento:
 Grandes cosas al fin de aqueste engaño
 Toman en este grave asunto asiento,
 Y así es fuerza seguirle por historia
 De España digna, y de inmortal memoria.

ALEGORIA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.
 En el socorro del rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.
 En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldana envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.
 En el consejo de guerra del César, se ve cuan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.



LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO: Deja Orontes por su ciencia á Malgesi colgado de un árbol, donde cayendosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza de ellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su angel Custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Agélica la bella; y habiendose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Orontes satisfecho
 Del robo ilustre en negro hollin tiznado
 De la órden superior un humo estrecho
 Contra el mago francés dejó emboscado:
 Que en su incauta venida sin provecho
 Al pasar le dejó de un pié colgado,
 Como negra corneja, que el anzuelo
 Las alas le ase, y le detiene el vuelo.
 Era la horrible sombra el rey que á cargo
 Los necios tiene, y sus descuidos doma,

Con quien ya fuera el álamo mas largo
 A su pié puesto el punto de una coma:
 Este al pasar le echó pesado embargo,
 Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
 A una encantada cerda dada un nudo
 Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.

Este fue el ciego lazo en que caido
 Le vió España, y el conde de Pontiero,
 Con el que aquí y allí quedó corrido,
 Y en ambas partes sin su honor entero;
 No habiéndole ayudado ni valido
 Aquí la ciencia, ni acullá el acero,
 Que hay sabios que ni saben, ni son buenos
 Sino es para agüerar males ajenos.

Perdió turbado el mágico cuaderno,
 Y quedó preso sin recurso alguno,
 Que de mil que sacó del hondo infierno,
 A la necesidad no halló ninguno:
 Escepto Trashurgin, que el lago averno
 Duende no vomitó mas importuno,
 Que por cansado hablador sin jugo,
 Hasta al infierno sirve de verdugo.

Este acudió, mas no á prestarle ayuda,